



# LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Una guía ceremonial práctica  
para el clero y otros ministros litúrgicos

Patrick Malloy

Traducido por Adrián Cardenás-Torres



Copyright © 2007 por Patrick Malloy  
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en sistemas electrónicos recuperables, ni transmitido por ninguna forma o medio, electrónico, mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, u otros, sin previa autorización por escrito del Editor.

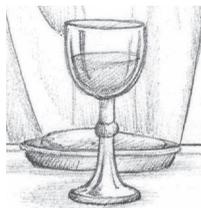
A menos que se indique lo contrario, las citas de las Escrituras aquí contenidas son de la Biblia *Dios habla hoy*®, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

*Impreso en los Estados Unidos de América.*  
Ilustraciones de Dorothy Thompson Perez  
Diseño de la portada por Jennifer Glosser  
Diseño interior por Vicki K. Black

Church Publishing Incorporated  
19 East 34th Street  
New York, NY 10016

Un registro de este libro está disponible en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

ISBN-13: 978-1-64065-466-2 (encuadernación blanda)  
ISBN-13: 978-1-64065-467-9 (libro electrónico)



# CONTENIDO

Presentación por el Rev. Juan M.C. Oliver, PhD / vii

Prefacio / xi

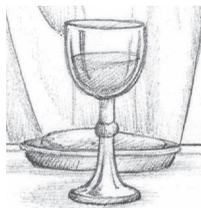
## PRIMERA PARTE: ORAR Y CREER

1. Una acción vale más que mil palabras . . . . .	3
2. Rúbricas y costumbres. . . . .	10
3. Principios en la toma de decisiones litúrgicas . . . . .	18
4. El espacio litúrgico . . . . .	31
<i>Al incorporar la liturgia en varios espacios / 37</i>	
5. Vestuario y utensilios . . . . .	45
<i>El alba / 46</i>	
<i>Vestimentas eucarísticas / 48</i>	
<i>Utensilios / 55</i>	
6. El año litúrgico . . . . .	66
<i>Orígenes y desarrollo / 69</i>	
<i>Prácticas pastorales / 74</i>	
<i>El ciclo pascual / 75</i>	
<i>El ciclo de la natividad / 80</i>	
7. Los ministerios litúrgicos . . . . .	83
<i>La liturgia y el “mundo real” / 84</i>	
<i>Ministros litúrgicos asignados por las rúbricas del Libro de Oración / 86</i>	
<i>Ministros litúrgicos no mencionados de forma explícita en las rúbricas del Libro de Oración / 91</i>	

8. Posturas y gestos . . . . .	98
Orar / 99	
Sentarse / 100	
Caminar / 101	
De pie / 102	
La genuflexión / 103	
La reverencia / 103	
Arrodillados / 105	
	Girarse / 105
	La señal de la cruz / 106
	Mirar / 107
	Traslado de objetos / 109
	Al intercambiar la paz / 109
	Besar / 110
	Incensar / 111
9. Lo más y lo menos . . . . .	119
Reunidos / 121	
Proclamar y responder / 122	
Rezar por el mundo y la Iglesia / 123	
Al intercambiar la paz / 124	
	Al preparar la mesa / 124
	Al hacer Eucaristía / 126
	Al partir el pan / 128
	Al compartir los dones de Dios / 129

## SEGUNDA PARTE: LA EUCARISTÍA DOMINICAL

10. Los ritos de apertura . . . . .	133
Reunidos / 135	
Elementos de los ritos de apertura / 140	
11. La liturgia de la Palabra . . . . .	143
Las primeras lecturas / 145	
La proclamación del Evangelio / 148	
El sermón / 153	
El Credo Niceno / 155	
	La oración de los fieles / 156
	La confesión de pecado / 159
	La paz / 160
12. La liturgia de la Santa Eucaristía . . . . .	162
Al preparar la mesa / 163	
Al hacer Eucaristía / 169	
La fracción del pan / 176	
	Al compartir los dones de Dios / 178
	Después de la Comunión 185
13. Los ritos de cierre . . . . .	186
Panorama general / 187	
La bendición / 187	
Los anuncios / 189	
	La despedida / 189
	La asamblea se retira / 190
14. La celebración del bautismo durante la Eucaristía del domingo . . . . .	192
El bautismo en la Iglesia de hoy / 194	
El agua: el símbolo principal en la celebración del bautismo / 195	
Símbolos bautismales opcionales / 199	
La liturgia bautismal / 200	



## PRESENTACIÓN

Es un honor y una alegría presentar a los lectores hispanohablantes este volumen del Rev. doctor Patrick Malloy, subdeán y canónigo para la liturgia y las artes en la Catedral de San Juan el Teólogo en Nueva York. Esperamos sea de buen uso a las hermanas y hermanos anglicanos latinos en Estados Unidos y por todo el anglicanismo.

No ha habido hasta ahora, al menos en español, un manual tan importante sobre la celebración anglicana de la Santa Eucaristía basado en los estudios de peritos litúrgicos desde el Concilio Vaticano II y la tradición anglicana del Libro de Oración Común de 1979, dos desarrollos que siguen teniendo repercusiones en la vida de las Iglesias anglicanas hoy y en el porvenir.

El Padre Malloy, profesor jesuita de liturgia antes de ser recibido como sacerdote episcopal, nos recuerda que la Eucaristía es la obra de la Iglesia completa y no sólo de las personas ordenadas. Esta es quizás la aseveración más profunda y contundente que transmite todo el libro: *todos* celebramos la Eucaristía juntos en una acción comunitaria facilitada por una variedad de líderes: lectores, acólitas, presidente, diacona, ujieres, intercesoras y músicos con la ayuda más amplia de todo el liderato parroquial, la cofradía del altar, etc. El o la obispo o sacerdote *presiden* en esta celebración comunitaria asistidos por una gama de otros ministros. Por esto en los estudios litúrgicos ya no decimos que quien preside “celebra”. *Toda* la Iglesia celebra la Eucaristía. Una persona preside la celebración. Como consecuencia, es natural que la comunidad y sus maneras de expresarse —desde la decoración hasta los gestos, movimientos objetos y música— sean incluidos y respetados en el proceso de diseñar y preparar la celebración de la Santa Eucaristía.

Más aún, como señala el autor, “La liturgia, [es] ...la destilación en forma ritual de todo lo que significa ser discípulos de Cristo y miembros de su Cuerpo resucitado. El núcleo de la liturgia eucarística es el núcleo de la vida bautismal. Es un ensayo para vivir en el reino de Dios”. Es decir, no solo celebra la Iglesia entera la liturgia; la liturgia manifiesta y celebra lo que la Iglesia es: la comunidad de personas bautizadas en la muerte y resurrección de Cristo, miembros de su Cuerpo resucitado, y su presencia continua en la historia.

Resultado de la experiencia pastoral y estudio académico del autor, el libro consiste de dos partes: La primera comienza con un análisis de cómo funcionan los ritos, que son mucho más que textos: son *eventos*. El autor no señala un solo estilo anglicano de celebración como la única manera de celebrar la liturgia, aunque sí hace referencia a ciertas reliquias persistentes del anglo-catolicismo decimonónico que ya no son adecuadas en una celebración anglicana —muchas veces ni siquiera en una romana. En su lugar, sienta bases y criterios aplicables a *todos* los estilos de celebración, desde los más “altos” a los más “bajos”; desde anglo-católicos a anglo-evangélicos, y otros más, como el estilo anglo-ortodoxo de la iglesia de San Gregorio Niceno en San Francisco, CA. Estas bases o principios son tan fundamentales que podría decirse que son universales y, estando profundamente ligadas a la teología y eclesiología del Libro de Oración Común, constituyen el meollo del libro.

A la luz de estos principios, Molloy describe cómo planificar y celebrar un evento vivo en el cual usamos textos, por supuesto, pero también otros medios de comunicación como el lugar, el espacio litúrgico, su decoración, los objetos y utensilios que usamos, la música y el canto, y el movimiento, las posturas y los gestos —no solo de quien preside, sino de la asamblea. Sobre todo recalca las *acciones* que la congregación lleva a cabo y que constituyen el rito: Reunirnos, proclamar la Palabra y responder, orar por el mundo y la Iglesia, traer ofrendas a la mesa, dar gracias, comer juntos y salir en misión al mundo. Todo esto ocurre en relación a la fe de la Iglesia: pues “la regla de oración determina la regla de la fe”. En fin, como oramos es como creemos.

El tiempo litúrgico es también un medio de comunicación que nos ofrece diferentes miradas o ángulos de la acción amorosa de Dios para con Israel y en la vida, ministerio, predicación, servicio, sanaciones, milagros, perdón y finalmente arresto, tortura, ejecución y resurrección de Jesús, el Cristo. Al final, Molloy señala también cuáles ministros son esenciales para una Eucaristía y cuáles opcionales según las rúbricas, y la relación entre lo que hacen en la liturgia y lo que hacen en la vida diaria.

La segunda parte del libro consiste de una descripción detallada, momento a momento, de las acciones arriba mencionadas, que constituyen la Santa Eucaristía siempre mencionando las posibles variaciones y distinguiendo entre lo obligatorio y lo opcional. Concluye con una descripción del rito bautismal cuando ocurre en la Santa Eucaristía principal de un domingo, tal y como dictan las rúbricas.

Cabe aquí una reflexión: siendo de origen anglosajón, es importantísimo que las recomendaciones del Padre Molloy tomen carne y hueso en la realidad *latina*. En nuestras culturas no siempre “menos es más” en la decoración del edificio, —ni en la retórica de una oración. Además, a veces el respeto al clero, característico de nuestros pueblos, no les permite asumir alegres su responsabilidad de contribuir de manera activa a la preparación y celebración de la liturgia —un reto que requiere suma habilidad pastoral de parte del clero para alentar, escuchar, notar y facilitar la participación del pueblo en el diseño y preparación del culto anglicano.

---

Es una alegría presentar esta publicación de Church Publishing Inc., la editorial de la Iglesia Episcopal, según trata de servir mejor a los anglicanos y anglicanas hispanohablantes de la Iglesia Episcopal y del anglicanismo global.

Rev. Juan M.C. Oliver, PhD  
Guardián del Libro de Oración Común  
La Iglesia Episcopal  
*Santa Fe, NM. Festividad de San Pedro y San Pablo, 2021.*



## PREFACIO

La editorial Church Publishing me pidió que escribiera un manual sobre la costumbre Eucarística de la Iglesia Episcopal: un libro de instrucciones prácticas para ministros, laicos y ordenados, y para la congregación. He hecho más. Desde la Reforma, cierto grupo de anglicanos, y luego otros, han reclamado tener el conocimiento de la forma auténtica de celebrar la Eucaristía. No quise meterme en esa disputa.

Además, a este punto del desarrollo de la liturgia occidental, hay demasiadas ideas en movimiento como para que alguien se atreva a dar la última palabra. Los materiales litúrgicos oficialmente autorizados se multiplican, y los espacios litúrgicos se configuran en disposiciones siempre cambiantes.

Los episcopales (así como la mayoría de los demás grupos de cristianos) eran muy diversos cuando el actual Libro de Oración se dio a conocer en 1979. El Rito 13, la Quinceañera, los crematorios, los rituales para el divorcio, la suspensión del soporte vital, así como la bendición a las uniones del mismo sexo que hoy ocupan los titulares, son realidades contemporáneas que los creadores del Libro de Oración de 1979 no pudieron imaginar en el contexto de la oración común. Las otras grandes denominaciones también se encuentran viviendo en un mundo litúrgico nuevo y desafiante, aunque no aparezcan tan a menudo en los noticieros.

Los eruditos y pastores que coordinaron las experimentaciones y compilaron los hallazgos que condujeron al Libro de Oración Común de 1979 no eran ingenuos. Sabían que estaban creando un libro de oración para formar una Iglesia que viviría en un mundo inconcebible. Alguien muy listo dijo que las cajas de los libros de oración lanzadas a las puertas de casi todas las iglesias episcopales en aquel 1979 estaban llenas de bombas de tiempo. Hasta la fecha, siguen haciendo tic-tac de forma inaudible en alguna iglesia.

Los sabios y eruditos editores del Libro de Oración Común, inmersos en el rico caldo que finalmente hirvió en el Vaticano II, vislumbraron una Iglesia en la que el bautismo, no la ordenación, era el umbral para ser miembro con pleno derecho, en la que la voz de Dios pudiera venir de gente que nunca había tenido el derecho de hablar. Donde el rostro

de Dios pudiera parecerse a una persona que ningún episcopal de cuna hubiera visto de cerca. Donde la voluntad de Dios podría amanecer primero en alguien que no fuera un sacerdote. Hoy, vivimos en un presente que los creadores del Libro de Oración vislumbraron en la niebla del futuro: demasiado lejos y demasiado nublado para que supieran exactamente lo que era; sin embargo, lo insinuaron.

En otro tiempo la gente discutió sobre el lenguaje del Libro de Oración tanto como lo hacemos hoy sobre el matrimonio igualitario. Hay quienes todavía lo hacen. Pero el lenguaje es lo de menos. El Libro de Oración Común de 1979 no era un odre nuevo para contener vino viejo, un nuevo modo de decir las mismas cosas de siempre. Algunos afirman que supuso una revolución. Tanto el odre como el vino eran nuevos. La revolución comenzó antes que la revisión del Libro de Oración, pero cuando salió el texto y llegó a las bancas, trazó un camino que llevaría la revolución al futuro. Este Libro de Oración Común fue, de hecho, una bomba de tiempo, y sigue haciendo tic-tac.

La liturgia es un asunto serio. No se trata de vestirse y desfilar, decir palabras peculiares y hacer cosas raras. Es una confrontación con Dios que cambia vidas. Y las vidas cambiadas cambian el mundo. Annie Dillard escribió que las congregaciones de los domingos son como niños con juegos de química, mezclando lotes de TNT. Son incapaces de advertir el poder que tienen en sus manos.

Este libro surge tanto de la experiencia pastoral como del estudio académico. A lo largo de seis años, la gente de la iglesia de la Gracia en Allentown, Pensilvania, se ha dado cuenta de que estaban tratando con explosivos, y los han manejado con cuidado. Han trabajado para celebrar la Eucaristía del domingo con la mayor autenticidad posible, reconociendo lo que está en juego. El rectorado ha sido mío, pero la liturgia ha sido nuestra. Literalmente, docenas de personas y, a veces, toda la parroquia, han considerado en oración cómo hacer que lo que hacemos el domingo refleje lo más plenamente posible lo que nosotros como cristianos episcopales creemos. Al mismo tiempo, hemos trabajado para que aquello que hacemos durante la semana sea coherente con lo que hacemos el domingo. Ya sea ajustando algún detalle menor o deshaciéndolo todo para recomenzar, lo hemos decidido juntos.

Los dos primeros capítulos de este libro establecen en términos generales cómo funcionan los ritos y, en particular, cómo funciona la Iglesia. La mayoría de casi todos los ejemplos son de la tradición episcopal. Con raras excepciones, las referencias a lo largo del libro corresponden a los propios textos litúrgicos y a algunos de los principales comentarios sobre ellos. El siguiente capítulo establece los principios de cómo una comunidad puede tamizar todos esos detalles mientras encuentra su propio camino. Los capítulos restantes de la primera parte consideran, desde perspectivas teológicas, históricas y de las ciencias sociales, los bloques de construcción del rito eucarístico: posturas y gestos, edificios, objetos, tiempo y los ministerios. Un esquema de lo que está al centro de la liturgia eucarística, proporcionando una matriz que permite centrarse en lo que es esencial y no distraerse

con los infinitos detalles que pueden alejar el intelecto, el corazón y la imaginación de la esencia, que es nada menos que la presencia de Cristo.

La segunda parte, sobre la Eucaristía del domingo, es el “cómo”, algo que Church Publishing quería en un principio. Esos capítulos no describen el modo de hacerlo; más bien, establecen un camino, salpicado liberalmente con opciones que, en un entorno pastoral particular, podrían ser mucho más convenientes. Solo en raras ocasiones me dispongo a decir que hacerlo de otra manera sería un error. Y, ya que una imagen realmente vale más que mil palabras, una colección de videos breves que ilustran lo que se describe en este libro se publicará en el sitio web de Church Publishing, <http://www.churchpublishing.org/celebratingtheeucharist>.

Los capítulos con instrucciones son tan descriptivos como prescriptivos. Describen, en su mayoría, lo que sucede el domingo por la mañana en la iglesia de la Gracia y en muchas otras iglesias episcopales. Los capítulos anteriores y posteriores no están desconectados; sin embargo, la liturgia que celebramos y la teoría que le da forma se alimentan entre sí. En casi todos los casos, es difícil decir qué fue primero. Los seminaristas se quejan a menudo de que sus estudios no tienen nada que ver con la vida en las trincheras, que la teoría no los prepara para la “vida real”. Este es un esfuerzo para superar las discrepancias y mostrar que, en realidad, sí nos prepara.



Fue Paul Marshall, el obispo de Bethlehem, quien me presentó a la gente de la iglesia de la Gracia, incluso antes de que fuera sacerdote. Cuando el obispo Marshall y yo nos conocimos, hace casi siete años, sintió lo que creía que era la voluntad de Dios y se propuso hacerla. Sabiendo muy bien el riesgo que estaba corriendo, siguió adelante, sin importarle el costo. Después, hace seis años, el obispo Marshall me ordenó sacerdote. Me dio el mayor regalo que jamás recibiré. Nunca había conocido tal gracia. Nunca pude agradecerle lo suficiente por abrir ante mí el camino de mi vida.

También agradezco a la maravillosa congregación de la iglesia de la Gracia, cuyo amor por la liturgia solo se compara con su amor por los pobres, y que reconoce a Dios tanto en la procesión hacia nuestro banco de alimentos como en la procesión hacia la mesa del cuerpo y la sangre de Cristo. He adorado en muchas de las comunidades litúrgicas más reconocidas de los Estados Unidos y he sido miembro de algunas de ellas, pero nunca he experimentado la alegría, ni he sido testigo de la honestidad o he sentido tan intensamente la presencia de Dios como cuando nos reunimos alrededor del altar en nuestra pequeña iglesia. A menudo se dice que a los ministros se les da más que a aquellos a quienes ministran. Ahora sé que es cierto.

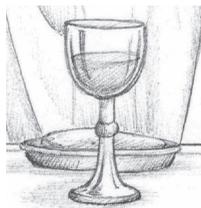
*29 de septiembre de 2007  
Fiesta de San Miguel y todos los Ángeles*



PRIMERA PARTE

ORAR  
Y  
CREER

## Capítulo 1



# UNA ACCIÓN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS

En octubre de 2006, el gobierno de Corea del Norte realizó un ensayo nuclear subterráneo en desafío directo a una resolución de las Naciones Unidas. Mientras las naciones del mundo, individualmente y en consejo, denunciaban este acto aparentemente hostil, el gobierno de Corea del Norte condujo a su población a través de una serie de ritos elaborados, altamente sensoriales y cuidadosamente coreografiados. Estas eran liturgias seculares. Durante el día, miles de soldados marchaban en perfecto paso de ganso ante los monumentales retratos del presidente, Kim Jong-il. Por la noche, cientos de miles de marchantes que habían ensayado durante meses se preparaban, cada uno sosteniendo una antorcha ardiente, en perfecta formación a través de la campaña norcoreana. Nada de esto fue espontáneo. Era eminentemente litúrgico.

Estas manifestaciones, como todas las movilizaciones políticas, pretendían tener un doble efecto: *expresar* algo y dejar una *impronta*. Los rituales norcoreanos estaban diseñados para no solo expresar el supuesto orgullo del pueblo hacia su gobierno y su logro nuclear, sino para persuadirlos. Estos dos efectos no estuvieron separados en el tiempo; existieron de forma simultánea. El conjunto de reivindicaciones expresadas por la población, así como el conjunto de reivindicaciones que se inculcaba en la población, eran idénticos, y el medio por el cual se expresaban era el mismo. La dinámica resultaba perfectamente simbiótica. A medida que se promulgaba el rito, se puede suponer, el orgullo de los coreanos crecía y, a medida que el orgullo de los coreanos crecía, los ritos ganaban un fervor que ninguna cantidad de ensayos podría haber fomentado. Decir qué fue primero, si el rito o el orgullo, es tan absurdo como fallar a favor del huevo o la gallina. La expresión ritual del orgullo, y el orgullo mismo, surgieron juntos en un movimiento uniforme.

Esta misma dinámica simbiótica opera en la liturgia cristiana. La relación entre la oración común y la fe común es dinámica. El título del famoso libro de Leonel Mitchell, que aquí traducimos como *La oración moldea la fe*, es cierto. Lo contrario también es cierto: la fe moldea la oración. Y así, como ese día en Corea del Norte, la liturgia expresa e inculca un conjunto de creencias y, lo que es más importante, una visión del mundo que la mayoría de las veces ni siquiera resultaría consciente para los participantes.

El primer Libro de Oración Común se creó precisamente porque los ritos medievales que este reemplazó no incorporaban las creencias emergentes y oficialmente sancionadas de la Iglesia inglesa. En otras palabras, los ritos medievales expresaban e inculcaban en la gente lo que se había convertido en una cosmovisión inaceptable. Los reformadores sabían que la teología reformada nunca echaría raíces entre las personas que celebraban ritos no reformados. Y así los ritos fueron cambiados. El resultado fue una colección de liturgias que expresaban y enseñaban una cosmovisión.

Las liturgias que los cristianos celebran hoy tienen el mismo efecto dinámico. Por eso, vale la pena dedicar tiempo a leer tantas palabras y explorar lo que toma poco más de una hora en la agitada actividad semanal de una congregación. Nada es más importante para la vida de una congregación que lo que sucede durante esa hora del domingo. Al nivel más pragmático, la liturgia del domingo es el único momento en la vida regular de una feligresía en el que todos se reúnen. De domingo a domingo, los miembros de la comunidad y los subgrupos dentro de esa comunidad viven sus vocaciones particulares dentro de su vocación bautismal. Sin embargo, el cuerpo histórico de Cristo, al igual que el cuerpo eclesial de Cristo, la comunidad de los bautizados en toda su diversidad se experimenta a sí misma en su totalidad. De este modo, la Eucaristía dominical es un momento crucial, tanto en la expresión que hace de sí la Iglesia, sobre lo que es, como en lo que se está transformando.

He aquí un ejemplo concreto de cómo esta dinámica puede entrar en juego con consecuencias reales en la vida de una parroquia real: Si la liturgia del domingo es en gran parte un asunto clerical, hecho por el sacerdote para el pueblo, de modo que el pueblo es un mero participante u observador antes que un actor clave, las posibilidades de que la parroquia crezca hasta convertirse en un grupo de ministros integrados, con iniciativa propia y con poder de decisión, se reducen considerablemente. La liturgia habrá expresado una visión del mundo y al mismo tiempo habrá inculcado la creencia de que “el padre sabe más”, o “el sacerdote tiene todo el poder”, o “nuestro trabajo como bautizados es esperar a que el clero hable para saber cómo responder”, o “nosotros los laicos sabemos cómo ocuparnos ‘de las tuercas y los tornillos’ de esta operación, pero cuando se trata de Dios, es mejor dejarlo en manos de los profesionales”. Siempre habrá un pequeño grupo de personas en cualquier congregación que, debido a la educación teológica, la historia personal o las relaciones personales con el clero, podrán superar los mensajes que tal liturgia expresa y moldea. Pero la liturgia es, precisamente, una oración común, que expresa y crea una vida común. Para la mayoría de la comunidad de fieles, el mensaje de la liturgia no es fácil de resistir.

Además, en cualquier asamblea dominical siempre habrá quienes no sean miembros de la iglesia, pero que han venido con la esperanza de encontrar algo que dé sentido y

dirección a sus vidas. Son verdaderos participantes, pero normalmente mantienen una distancia segura, a menudo literal, del resto del grupo. La Eucaristía del domingo les facilita un panorama de lo que es la iglesia, o más bien, de lo que la iglesia aspira a ser. No es el único lugar donde pueden explorar la iglesia. Podrían visitar el comedor parroquial, por ejemplo, y ver la iglesia como una fuerza de cambio social y compasión. Podrían participar en un grupo de lectura entre semana y experimentar la iglesia como una comunidad de aprendizaje y exploración. Podrían observar la escuela dominical de los niños y ver a la iglesia como un agente que cuida de los vulnerables e incluye a todos, sin importar la edad. No obstante, todo lo que podría ver alguien en cualquiera de esos espacios, y muchos más, se exhibe en un momento con la Eucaristía del domingo. Lo que este curioso buscador ve no será perfecto, porque ninguna congregación es perfecta, pero verá lo que esta comunidad imperfecta se esfuerza por llegar a ser, lo que imagina cuando visualiza la vida en el reino de Dios.

La asamblea dominical de la iglesia, entonces, es el momento más importante en la relación de la iglesia local consigo misma y en su relación con el mundo. Si se hace bien, al ministrar en la Eucaristía dominical se facilita que la iglesia pueda verse y experimentarse a sí misma como el cuerpo en el que está creciendo y, a la vez, mostrar al mundo una imagen de cómo viven los seres humanos cuando el reino de Dios viene a la tierra como en el cielo. La liturgia, en otras palabras, es tanto formativa como evangelizadora. Experimentando lo mejor de sí misma, la comunidad se inspirará a la conversión. Mostrándose en su mejor momento, la feligresía inspirará a otros hacia la conversión. En la dinámica litúrgica, entonces, la formación y el evangelismo se fusionan. El domingo es el día en que la iglesia “vuelve a casa” e invita a los buscadores y curiosos a “venir y ver”.

Para los cristianos anglicanos, la liturgia, especialmente la Eucaristía, es el momento central de la vida semanal de la comunidad. La liturgia es como un lente a través del cual los anglicanos ven el mundo. Presionados a resumir lo que creen, los anglicanos no suelen recurrir a fórmulas doctrinales o a los escritos de los teólogos fundadores. Se dirigen a la liturgia. A menudo citan una versión simplificada de la máxima de Próspero de Aquitania, *Lex orandi legem credendi statuatur*, es decir: la ley de la oración establece la ley de la fe. La oración común establece la fe común. Es igualmente cierto, como hemos visto, que la fe común establece la oración común. La forma en que los anglicanos oran y creen son imágenes reflejas una de la otra.

La liturgia no es estática y atemporal, encarnando verdades eternas para la posteridad. Es orgánica. Da forma a las percepciones de la iglesia y es moldeada por las percepciones de esta última. Es el crisol donde el pasado y el presente se encuentran para los anglicanos, y donde se funden en algo nuevo, continuo con el pasado y, sin embargo, divergente de él en manera significativa. Esta relación dinámica entre teología y liturgia no se promulga en los niveles superiores del gobierno de la Iglesia, sino en las parroquias. La academia y los diversos organismos nacionales autorizados son clave para vigilar, examinar y juzgar lo que ocurre en las parroquias locales, pero las parroquias son el crisol en el que se forja la oración común, y cada vez más, con mayor fuerza. Si esto no fuera cierto, los ministros

litúrgicos de las parroquias no serían muy importantes. Además, libros como este no serían necesarios. Las comunidades litúrgicas podrían simplemente ser informadas con precisión de lo que deben hacer por alguna autoridad designada, y se habría dicho la última palabra. Sin embargo, la interacción entre la liturgia y la fe se produce en el interior de la liturgia cuando ésta es celebrada. Es, esencialmente, un fenómeno de base parroquial. Su dinámica no se encuentra en un libro.

Mientras los anglicanos se definen a sí mismos en términos de oración litúrgica más que la mayoría de las otras tradiciones cristianas, la dinámica *lex orandi, lex credendi* es universal, y opera en todas las tradiciones cristianas, incluso en aquellas que negarían ser litúrgicas. Funciona por igual en las tradiciones que desprecian el propio término, "liturgia". Hasta las comunidades que dicen rendir culto con total espontaneidad utilizan frases comunes y repiten ciertos comportamientos, tal vez sin darse cuenta de que lo están haciendo. Un hecho antropológico y sociológico determina que, si los patrones rituales no evolucionan en un grupo, el grupo no sobrevivirá. La gente interioriza y luego exterioriza las reglas y patrones de su comunidad, incluso si piensan que no están siguiendo ninguna regla o patrón. Los cristianos no litúrgicos tienen una liturgia, aunque la llamen por otro nombre.

Al otro extremo del espectro de los cristianos "no litúrgicos" están aquellos que (como los anglicanos) son intencional y orgullosamente litúrgicos. Las Iglesias luterana, católica romana, ortodoxa y, cada vez con más frecuencia, algunas de las principales Iglesias protestantes, son conscientemente "litúrgicas". Rezan de acuerdo con un *ordo*, un patrón de culto que está inscrito en libros oficialmente difundidos. Se refieren a los textos de sus libros litúrgicos, así como a los textos de las Escrituras o a los escritos de sus teólogos fundadores, para definir lo que su tradición particular considera verdadero. Sin embargo, no solo los textos entran en juego en la liturgia. La liturgia no es el texto; la liturgia es el acontecimiento real.

En cierto modo, aquellos que dan forma a la liturgia y aquellos que participan voluntariamente en ella saben instintivamente que las palabras de la liturgia no representan la totalidad de la *lex orandi*. Saben que el entorno arquitectónico, los artefactos físicos y los actos corporales de la liturgia tienen al menos tanto significado y un impacto tan fuerte como las palabras de la liturgia. Cuando el movimiento de Oxford del siglo XIX y, más directamente, su contemporáneo, el movimiento de Cambridge, se dedicaron a reformar los edificios de la Iglesia, los objetos sagrados y los gestos, los disturbios se extendieron desde las iglesias inglesas hacia las calles. De forma instintiva, la gente supo que una nueva mentalidad teológica estaba surgiendo y siendo promulgada a través de canales visuales, táctiles, cinéticos e incluso olfativos. Todo esto ocurría de forma inequívoca, aunque no se había cambiado ni una palabra del Libro de Oración. El Parlamento debatió, los anglicanos se lanzaron anatemas unos contra otros, y los cristianos se juzgaron dignos del infierno, no porque alguien estuviera jugando con los textos, sino porque lo hacían con el ceremonial litúrgico.

Todos estos arcos góticos, altares cercados con barandillas y rejas, velas en el altar y ornamentos eucarísticos, pan ácimo e incienso, sacerdotes orientados de cara al este desde

el lado oeste, en vez de sacerdotes de cara al sur desde el estrecho lado norte, todo esto indicaba que un cambio teológico fundamental estaba en marcha. Algunas personas se encontraban dispuestas a luchar por ello y otras tantas a luchar contra ello. Sin embargo, sin importar de qué lado se hallaran, sabían que el carácter esencial de la oración en común estaba siendo cambiado radicalmente, aunque no se añadía ni se quitaba ni una letra en el Libro de Oración. Es cierto que algunos tractarianos y anglocatólicos insertaron textos breves en las liturgias del Libro de Oración, pero esos textos no eran el centro de las batallas. Las batallas eran sobre lo que se hacía y dónde se hacía y con que se hacía, no sobre lo que se decía. En todas partes de la Comunión Anglicana, independientemente de la edición del Libro de Oración que la Iglesia nacional particular usaba, el cambio de los artefactos y la coreografía de la liturgia llevó a nuestros antepasados a los golpes.

Nuestros antepasados captaron instintivamente lo que a menudo pasamos por alto, aunque, como nosotros, quizás no sabían exactamente lo que veían. El significado se transmite no solo por las palabras de una página o, incluso, por la entonación de esas palabras en voz alta. El significado y el impacto de la liturgia vienen principalmente de la interacción dada en el escenario, los objetos, los estímulos sensoriales, y, por supuesto, los textos, pero difícilmente los textos solos. Las palabras, impresas o habladas, pueden, de hecho, ser secundarias. Como ha señalado Gordon Lathrop, profesor de Liturgia en el Seminario Teológico Luterano de Filadelfia, el significado litúrgico se produce en la yuxtaposición de una cosa contra otra. Los textos son sólo una de las muchas cosas que la liturgia yuxtapone. Lo que hacemos en la liturgia, no solo lo que decimos, expresa lo que creemos. Lo que creemos encuentra su expresión no únicamente en lo que decimos en la liturgia, sino en lo que hacemos. Como rezamos, así crearemos, y como creemos, así rezaremos. Los desfiles del Tercer Reich alemán no podrían haber cambiado a nadie que no estuviera dispuesto a ser cambiado. Pero, seguramente, muchos de los que inicialmente se resistieron al programa nazi fueron convencidos poco a poco de que, al menos lo considerarían, por los convincentes despliegues rituales de la identidad nazi. Los ritos hicieron que el mensaje no solo fuera agradable, sino irresistible. La combinación de un fuerte ritual cargado de significado y un grupo de participantes abiertos a la transformación dio lugar a la conversión.

Semana tras semana, la liturgia es celebrada por una feligresía. Semana tras semana, la liturgia con sus sutiles mensajes asalta y da forma a la congregación. La posibilidad de que nada cambie en el pueblo o en la liturgia es escasa. Nada menos que los ritos del Tercer Reich, o los ritos de los programas de los Doce Pasos, o los ritos celebrados en Corea del Norte en 2006, la liturgia está orientada hacia el cambio y producirá cambios, incluso cuando el cambio no sea bienvenido o reconocido. Casi siempre, el cambio que se produce como resultado de un evento litúrgico, ya sea un cambio en los participantes o un cambio en los ritos, es tan infinitesimal que pasa inadvertido. Solo con el tiempo, y durante largos períodos, se hace evidente que se ha producido una transformación y, para entonces, ya es demasiado tarde para deshacerla.

Los cambios que tienen lugar en la liturgia reverberan más allá de esa hora crucial del domingo. La liturgia es una especie de “ensayo”. En, y a través de ella, la Iglesia, mediada

por el rito, se comporta como aspira siempre a hacerlo, pero de una manera muy estilizada y controlada. El intercambio de la paz, por ejemplo, rara vez es un evento real de reconciliación entre enemigos, sino que es un gesto estilizado que permite a la feligresía ensayar la manera de llegar con amor a quien esté cerca. Por ese mismo acto de “ensayo”, la iglesia puede crecer, aunque solo sea mediante los más mínimos incrementos, hasta ser lo que aspira llegar a ser. La práctica hace la perfección, o mejor dicho, la práctica impulsa a la Iglesia a ir más allá en el camino hacia una perfección que nunca puede alcanzar.

El bautismo convierte a la Iglesia en el Cuerpo de Cristo. La Eucaristía forma a la Iglesia para poder vivir lo que real y verdaderamente es. La Eucaristía es el aspecto continuo de los sacramentos de iniciación, ya que continúa lo que el bautismo comienza: la incorporación de la Iglesia a Cristo. No es una mera afirmación teológica, sino una afirmación práctica, psicológica y sociológica. La liturgia cambia a la Iglesia.

La fuerza central de la liturgia, por supuesto, es la gracia. En primer lugar, la gracia motiva la participación en la liturgia y, dentro de la liturgia, esta se encuentra también presente. La gracia; una relación con Dios sea consciente o no; es tanto la condición previa como la oferta de la liturgia. Sin la gracia, la liturgia cristiana es hueca, y la participación fructífera en ella es imposible. La liturgia, como todo lo bueno de la vida, es un ejemplo de gracia. La gracia, sin embargo, no opera aparte de la acción humana. Opera a través de ella. Todo lo que llevó al visitante o al creyente a la puerta de la iglesia es la gracia, y todo lo que dentro de la liturgia mueve al visitante o al creyente más allá en la acción salvadora de Dios en Cristo es la gracia. Nada de esto es puramente humano, pero todo es enteramente humano. La invitación personal a un amigo para que venga algún domingo, el comentario directo sobre cuánto amas tu parroquia, o bien el anuncio en las páginas amarillas que lleva a un interesado a la puerta son, todas a la vez, acciones humanas e instrumentos de la gracia divina.

Lo mismo ocurre dentro de la propia liturgia. El magnífico sermón, el himno conmovedor, los esplendorosos vitrales; son todos a la vez, el florecimiento de la acción humana y el derramamiento de la gracia divina. El momento de gracia en la liturgia que abre el corazón o la mente del ser humano, que desencadena la imaginación humana, que obliga a la respuesta humana, es precisamente un momento lleno de gracia. De esta manera, el gesto de ser solidarios ante Dios con otros cuya teología no es como la nuestra, o cuyas personalidades no nos gustan, eso también es gracia. Toda la acción litúrgica es sacramental, no solo el pan y el vino consagrados. En todas las realidades concretas de la vida humana que se ponen en movimiento en la Eucaristía, cuerpos humanos, palabras humanas, gestos humanos, objetos humanos, percepciones humanas, emociones humanas, comida y bebida humanas. la realidad divina está presente y disponible. La gracia impregna todo el evento litúrgico. Todo lo que conduce a la Comunión no es un requisito previo para hacer comida y bebida llenas de gracia. En cada momento, en cada acción, en cada objeto, hay gracia presente en lo más básico y ordinario.

Cada miembro de la congregación, sin importar quiénes son o cuál es su función en la liturgia, es una instancia de la gracia hecha carne. La gracia se hace presente de una manera

única a través de las acciones de lectores, acólitos, diáconos y diáconas, sacristanes, solistas, y todos los demás ministros de la liturgia. A menudo pasada por alto, pero la más básica de todas es la gracia hecha presente a través de las muchas acciones de la asamblea en su totalidad. El sacerdote es también una instancia concreta y específica de la humanidad a través de la cual la gracia se hace real. Para los anglicanos, por muy clerical que parezca, creemos que la gracia que se hace presente a través de la acción humana del sacerdote que preside es única.

Hay un gran peligro en sobre enfatizar la importancia o el “poder” del sacerdote que preside. No menos peligroso, sin embargo, es tratar el papel a la ligera. Los niños pequeños de la congregación corren a veces hacia mí, me abrazan y me llaman Jesús. Es gracioso, pero no es una broma. Quien preside la Eucaristía está de pie en medio de la asamblea como un símbolo de Cristo. Quien preside es un símbolo del cuerpo místico de Cristo y un símbolo del cuerpo glorificado de Cristo. La persona que preside modela la postura de la Iglesia ante Dios, y la postura de Dios en Cristo hacia la Iglesia.

Desinterés, humildad, reverencia, valentía, transparencia, amor: estas son las actitudes del Cristo glorificado ante el mundo, y, del mismo modo, son las actitudes que la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, aspira a encarnar ante su salvador. Los ministros litúrgicos, ordenados o no, son iconos de ambos. El narcisismo, la prepotencia, la pretensión piadosa, las lisonjas, el recelo y el altivo desdén no tienen cabida en un ministro litúrgico digno. Es evidente que todos los ministros litúrgicos ejercen un poder significativo en la Iglesia, pero el sacerdote que preside, sobre todo si es también el predicador, tiene un poder único para determinar si la liturgia encarna los más altos ideales de la Iglesia, y si lo hace con tal intensidad y vigor que difícilmente puede ser resistida. Como dijo Robert Hovda, el liturgista pastoral católico romano americano del siglo XX, quien quizás más que cualquier otra persona anunció para todas las iglesias una nueva pero antigua visión de lo que es presidir el culto común: los que presiden la liturgia deben esforzarse por ser “fuertes, amorosos y sabios”. Todo está en esas pocas palabras.

Todos quienes preparan cualquier rito: visionarios, diseñadores, técnicos, son cruciales para la eventual capacidad del rito de suscitar apertura, vulnerabilidad, confianza, rendición y, finalmente, incorporación a lo que el rito representa. Pero más allá de todos ellos, son los que llevan el rito a la práctica quienes determinan si el rito hará realmente lo que se supone que debe hacer. Una buena planificación no sustituye a una buena puesta en práctica. Este no es un libro de instrucciones para los ministros litúrgicos. La gracia no es lo mismo que la magia, ni la liturgia es hacer hechizos. Este es un libro sobre cómo los seres humanos que son elegidos para presidir y, de varias maneras para dirigir y animar la oración común de la iglesia, pueden usar todo lo que son, la plenitud de su humanidad, en el servicio de la manifestación de Dios en el mundo. Así pues, incluso cuando exploremos cómo un sacerdote eleva el pan eucarístico, o cómo un acólito sostiene las manos durante la oración, o cómo un turífero balancea un incensario, debajo de todo esto hay una pregunta más básica: ¿Cómo puede un ministro litúrgico utilizar lo que es humano, mundano y concreto para que una feligresía pueda abrirse a la gracia que Dios está ofreciendo, y recibir lo que se ofrece libremente? Esto es, salir a encarnar a Cristo en el mundo.